

## SESTA PARTE.

### PRINCIPE Y REY.

ROMANCE HISTORICO.

Está la noche serena;  
La luna sin pardas nubes  
Que la empañen, limpia y clara  
En el firmamento luce.  
En derredor las estrellas  
Con multiplicadas lumbres,  
Tachonan del aire vano  
Los pabellones azules.  
Eresma por entre peñas  
Su escaso raudal conduce  
A las plantas de un alcázar  
Que en sus arenas las hunde;  
Y ya en montones de espuma  
Rsvoltoso se derrumbe,  
Ya con transparentes ondas  
Manso y humilde murmure,  
Nunca es mas que un corto espejo  
Que adula la escelsa cumbre,  
Porque permita al palacio  
Que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena,  
Y á pasos rápidos huye  
Sobre la choza pajiza  
Y la espléndida techumbre.—  
Calla el viento; el aura apenas  
Suelta ráfaga que ondula,  
Eresma hace que sus ondas  
No desvelen, sino arrullen,  
Y si algun pájaro errante  
Hay que el silencio interrumpe,  
Avergonzado se duerme  
Por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio  
Que el aura á veces no crucen  
Los incompletos compases  
Que danza vecina arguyen.  
Oyese el rumor lejano  
De contenta muchedumbre,  
Que entre cánticos y brindis

El sueño tenaz sacuden.  
La danza es en el alcázar,  
Que el príncipe Enrique cumple  
Hoy años y á malgastarlos  
Junta los mas que le ayuden.  
La copa de los placeres  
Para que ansiosos apuren  
Cuantas damas y galanes  
Hay en Castilla, reune.  
La vida es corta; los dias  
Se menguan y disminuyen,  
La molicie es cortesana,  
Y los placeres son dulces.—  
¿Qué importa que el rey Don Juan  
Contra los rebeldes luche?  
El príncipe vive y goza,  
Que como á quien es le cumple  
¡Fiestas y danzas! Los reyes  
No son hidalgos comunes  
En cuya frente se ostentan  
El valor y las virtudes.  
Una frente coronada  
Radia sola tantas luces,  
Que los ojos atrevidos  
A sus destellos sucumben.  
Por eso suenan alegres  
Las chirimías y adufes,  
Haciendo que sus compases  
De sala en sala retumben;  
Por eso amoroso abrazo  
Despertador de inquietudes  
Los talles de las hermosas  
Al cenidor substituyen;  
Por eso el cendal flotante  
Gira en círculo voluble,  
Revelando lo escondido  
Tras lo que traidor descubre.  
¡Oh! hermosas son las hermosas  
Cuando aspirando perfumes,  
Mas ocultos sus hechizos  
Entre transparentes tules,  
Sueltos los cabellos de ébano  
En espirales y en bucles  
De amar y gozar sedientas

A los salones acuden.  
Aquel aliento que envía  
Un suspiro á que se cruce  
Con un suspiro que deja  
Que aquel su lugar ocupe;  
Aquel murmullo continuo  
Que hace que el aura susurre  
Con mil acentos sin forma  
Que entre sus pliegues confunde;  
Aquella blanda sonrisa  
Que vida en un alma influye,  
Mientras aguarda favores  
En penada incertidumbre:  
Aquellos húmedos ojos  
A cuya luz se destruyen  
Los hielos del corazon  
Cuando de esquivo presume:  
Tantos acasos pensados  
Que en rodeos mil conducen  
Al revuelto laberinto  
De amantes solicitudes;  
Y todo ello en un palacio  
Donde tormentosa bulle  
Cuanta pompa, intriga y gala  
La faz de un príncipe influye,  
Hacen que los corazones  
Tan embriagados se ofusquen,  
Que deliren paraísos  
Bajo el ceno que les cubre.  
Espléndido está el salon,  
Y aunque mucho disimulen,  
Las damas están contentas  
Cuando los maridos sufren.  
El príncipe galantea,  
Y las damas de mas lustre  
Le deben hoy tantas flores  
Cuanto algunos pesadumbres.  
Porque él con una en los brazos  
Toda una danza interrumpe,  
Haciendo que en raudos círculos  
Mil veces el salon cruce.  
Pié con pié, mano con mano  
Al muelle lánguido empuje  
La lleva en pos blandamente,  
La suspende y la sacude.  
Ella adormecida, suelta  
Sobre brazo tan ilustre,  
Más se abandona y descuida  
Porque más él la asegure;  
Flotan los rizos de entrambos,  
Los alientos se confunden,  
Crúzanse los piés veloces,  
Vagan los mantos volubles,  
El labio pide á los ojos  
Osadía, amor y lumbre,  
Y los labios á los ojos  
Suplican que no pronuncien.  
Los ojos suplen las voces,  
La sonrisa el fuego encubre,  
Y así al amor y al placer  
Todo sirve y todo suple.  
Espléndido está el salon,  
Todo el aire son perfumes,

Música, citas, suspiros,  
Murmullo, plumas y luces.  
Mas hay un hombre sombrío  
A quien todos llaman duque,  
Y á quien ninguno aventaja  
En la gala que le cubre,  
Cuyos dos ojos tenaces  
Sin que se aparten ó muden,  
En el príncipe están fijos  
Cual si temiera que le hurten:  
Si algun importuno acaso  
Su tenacidad reduce  
Siempre á su objeto ambiciosos  
Rápidos se restituyen.  
Al acero se parecen,  
Que por mas que se procure  
Doblarle contra el iman,  
Siempre hácia el iman resurte:  
Mientras, descuidado el príncipe  
Sin que su gozo perturben,  
Con una dama en los brazos  
Por el salon baja y sube.  
Es cierto que alguna vez  
Mira de reojo al duque;  
Mas éste firme y tranquilo  
Ni le busca ni le huye.  
Es verdad que alguna vez  
El primogénito ilustre  
Su voluptuosa pareja  
Por delante dél conduce;  
Y tal vez aunque no altivo  
De distinguirse se escuse,  
No se alcanza á comprender  
Si es que le honre ó que le injurie;  
Mas el duque no por ello  
En desman alguno incurre:  
Siempre el respeto le sobra,  
Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,  
Que ya el albor se descubre  
Del alba que por los vidrios  
Asoma sus turbias luces.  
Quedó el alcázar tranquilo,  
Despejó la muchedumbre,  
Sonó un beso, y don Enrique  
Entregó su dama al duque.  
Aquel dijo: "Hasta mañana."  
Contestó éste: "Si á Dios cumple."  
Y don Enrique volviéndose  
Siguióle la servidumbre.

### LA CORTINA VERDE.

Son unas horas despues,  
Y vense en su gabinete  
Inés en un taburete  
Y don Enrique á sus piés.  
Testigos de sus deslices  
En aquel retrete oscuro,

Están colgados del muro  
De Flandes cinco tapices.  
Toda sorpresa exterior  
Previenen las celosías,  
Y dos dueñas de vigías  
Que están en el corredor.  
Lucha la luz con la sombra,  
El rojo sol de occidente  
Colora confusamente  
Las labores de la alfombra.  
Las flores desde el jardín  
Prestan al aura perfume,  
Y otro al fuego se consume  
En el mismo camarín.  
Todo es paz, calma y quietud  
En el retrete oriental;  
Mas si no es paz criminal  
No es la paz de la virtud.  
Don Enrique está hechicero;  
Doña Inés como una estrella;  
Voluptuosa está la bella,  
Y galan el caballero.  
En los ojos de la hermosa  
Se está mirando el galán,  
Y ambos atizando están  
Hoguera tan peligrosa.  
Ella en recreo infantil  
Destrézale los cabellos,  
Bucles haciéndole de ellos  
Con sus manos de marfil.  
El con sonrisa liviana,  
En acento adulator  
Dulces palabras de amor  
La dice á la cortesana.  
Ella de orgullo suspira  
Gozando el favor real,  
Aunque él interpreta mal  
La vanidad que la inspira.  
El, mancebo y sin consejo  
En su amor se está abrasando;  
Pero ella está contemplando  
Su contorno en un espejo.  
El la dice: "Hermosa estás,"  
Y en silencioso desden  
Dice ella: "Lo sé tan bien,  
Que advertirlo está demas."  
El con el dulce reclamo  
Del silencio engañador,  
Traduciéndolo mejor  
Añade: "Inés, yo te amo."  
Ella culpando su esceso  
Cuando mas cerca la estrecha,  
Le da de sí satisfecha  
Por cada palabra un beso.  
Y en larga conversacion  
Ella altiva, él importuno,  
Demuestra bien cada uno  
El afan del corazón.  
Así el príncipe decia  
Enagenado á la hermosa;  
Y astuta y voluptuosa  
Ella así le respondia.

DON ENRIQUE.

Un reino me aguarda, sí;  
Con él media vida diera  
Por gozar, Inés, siquiera  
La otra media junto á tí.

DOÑA INES.

Siendo príncipe, señor,  
Dierais existiendo un año,  
Cada mes un desengaño  
A vuestro constante amor.

DON ENRIQUE.

Pasiones fueran livianas,  
Pasatiempos nada mas;  
Que no encontrara quizás  
Sino amor de cortesanas.

Mas Inés, viéndote á tí  
Esquivarte fuera en vano.

DOÑA INES.

¡Hoy me adulais cortésano,  
Que estais delante de mí!

DON ENRIQUE.

Te lo juro, hermosa Inés:  
Diera mis reales palacios,  
Mis coronas de topacios  
Por vivir siempre á tus piés.

DOÑA INES.

¡Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE.

Como tú no nacen dos.  
Y por ello, vive Dios,  
Sufro mal que no merezco.

DOÑA INES.

¡Vos por mí males?

DON ENRIQUE.

Sí á fé.

DOÑA INES.

No os entiendo.

DON ENRIQUE.

¡Me amas, dí?

DOÑA INES.

En mi alma de vos á mí  
Si hay diferencia no sé.  
Mas . . .

DON ENRIQUE.

¡Qué, Inés?

DOÑA INES.

¡Habeis oido?  
Jurara que algo sonó.

DON ENRIQUE.

Nada he percibido yo . . .  
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pié  
Escuchando perspicaz,

Y asíola el príncipe audaz  
Repitiendo: "Nada fué."

Y á fé que era la quietud  
De aquel ansioso momento,  
Tan honda en el aposento  
Como en desierto ataud.

Ningun rumor la turbaba,  
Ningun susurro se oia,  
Si alguna vez se eximia  
La brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume  
Que exhala el ancho pebete  
Aroman el gabinete  
Y el aire que los consume.

La rica tapicería  
Inmóvil en el muro está,  
Y á sitio seguro dá  
Cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba  
Que, aunque en la sombra se pierde,  
Espesa cortina verde  
Al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil  
Un instante la movió,  
Y eso sin duda causó  
A Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada  
Junto al príncipe otra vez,  
Díjole con candidez:

"Teneis razon: no fué nada.  
Mas perdonad que haya sido  
Tan fácil para el temor,  
Que aunque os tengo mucho amor  
Tengo miedo á mi marido."

D. ENRIQUE.

No me le nombres, Inés,  
Que hasta su nombre me irrita.

INES.

La vida, señor, me quita  
Con tan celoso como es.

D. ENRIQUE.

¡Ah, Inés mia, ese es el mal  
Que lamentaba hace poco! . . .  
Tengo de volverme loco  
Con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor  
Ni mas puntual caballero,  
En la obediencia el príncipe  
Y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel  
Ni falta que acriminar,  
Ni encuentro que castigar  
Por mas que lo busco en él.  
En la primera escepcion  
En que incurra ha de morir.

INES.

Señor, ¿eso osais decir?

D. ENRIQUE.

Alma mia, celos son.

No puedo pensar en paz  
Que él goza de tu hermosura,  
Cuando por igual ventura  
Me lamento sin solaz.

¡Te parece digna traza  
De un príncipe que osa amarte,  
Esperar por solo hablarte  
A que él se salga de caza?

¡Es digno de mi ambicion  
Que cuando él parte tu lecho,  
Me dé yo por satisfecho  
Con verte por un balcon?

INES.

Pero yo, Enrique, os adoro.

D. ENRIQUE.

Sí, y en ese amor sobrante  
Me arrebatas el diamante  
Dándome el arillo de oro!

INES.

Os doy cuanto puedo dar.  
No podeis mas exigir.

D. ENRIQUE.

Aunque él haya de morir  
Tu amor solo he de alcanzar

Ronco, ahogado, comprimido  
Sonó un fugitivo acento,  
Como el rumor del aliento  
Largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color  
Púsose el príncipe en pié  
Recelando ambos que esté  
Alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar  
Con muy recatada seña,  
Oyóse á la astuta dueña  
Por el corredor llamar.

Adios, señor, dijo Inés,  
Que de partiros es hora.  
—¿Hasta cuándo?

—Por ahora

Si gustais hasta despues.  
¡Tanta ventura es verdad?  
Os lo habia prometido.  
De caza está mi marido:

Válganos la oscuridad.  
—¿Vendreis?

—¿Cómo no?

—Atended;

No hagais confianza vana,  
Abierta está la ventana  
Y es áspera la pared.

—Os entiendo, vendré solo.

—Sí, que la noche es oscura.

—¡Oh! y por tamaña ventura

Fuera yo de polo á polo.—

Salió el príncipe, y la bella,  
Orgullosa por su amor,  
Saliendo hasta el corredor,  
Dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,  
Y la cortina arrugando  
Vióse al duque murmurando  
Inmóvil en la oscuridad;  
"Hé aquí que todo lo pierde  
"Por no pensar mi mujer,  
"Que yo me puedo esconder  
"Tras esta cortina verde."

#### JUSTOS POR PECADORES.

Es Clara una hermosa niña  
Que en la faz muestra gentiles  
De sus diez y seis abriles  
Los encantos á la vez.  
Sencilla, mas sin que el mundo  
La sobrecoja y empache,  
Las pupilas de azabache  
Y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,  
Como la noche el cabello,  
Trasparentes en el cuello  
Venas de virgen azul.  
Pié breve y aéreo paso,  
Mas inquieta y mas lijera  
Que en la fértil primavera  
Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce  
La llamó un árabe errante,  
Sol, azucena y diamante  
Las gitanas que la ven.  
El árabe en sus desiertos  
Con su memoria camina,  
Egipto la vaticina  
Infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos  
Como una noche serena,  
Su alma en ella se vé agena  
De temor y de inquietud.  
El duque la dice—amiga—  
Los mancebos—soberana—  
Doña Inés la dice—hermana—  
Y hermosa—la multitud.—  
Si se reclina cansada  
Junto á la fuente sonora,  
La náyade protectora  
Parece de su cristal;  
Si corre de los jardines  
Por las sendas desiguales,  
Semeja entre los rosales  
Una sílfide ideal.

Si sonrie, es su sonrisa  
Tan pura y tan hechicera,  
Cual la blanca luz primera  
Del alba limpia de Abril.  
Su voz es á quien la escucha  
Red amante, oculta vira,  
Y el aliento si suspira  
Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella  
Todo el amor de su esposa,  
Doña Inés procura ansiosa  
Con ella olvidarse de él.—  
Y es Clara, partiendo entrambos  
Su purísimo cariño,  
Para aquella un tierno niño  
Y un serafín para aquel.

Pasó toda aquella tarde  
En el huerto entretenida,  
Con una dueña que cuida  
Sus caprichos de cumplir.  
Cayó el sol: enlutó el cielo  
La impalpable sombra inmensa,  
La noche lóbrega y densa  
Amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos  
Con un velo, del rocío;  
Cruzando el jardín umbrío  
Hacia el camarín tornó:  
Y asida á un ramo de flores  
Que robó á la primavera,  
Por una oscura escalera  
Hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés posada,  
La mano en el antepecho,  
Miraba un camino estrecho  
Que oculto á la calle dá;  
Y en el jardín, tras la dueña  
Que recatada le guía  
Por la misteriosa vía,  
Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa  
Viendo á Inés tan distraida,  
De su estancia la salida  
Ganó á su espalda veloz:  
Cayó la puerta de golpe  
Con estrépito violento,  
Y oyóse en el aposento  
Del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada;  
Oyóse dentro un gemido;  
Aplicó atenta el oído  
Y dijo temblando:—El es.—  
Rápida, desalentada,  
Por el corredor saltando,  
Dió al jardín encomendando  
Su salvación á sus piés.

Trémulo, descolorido  
El duque de allí un momento,  
Saliendo del aposento  
Embozado apareció.  
Caló el sombrero á los ojos,  
Y dando vuelta á la llave,  
Con paso callado y grave  
La escalerilla bajó.

#### UN APENDICE

A LAS

#### VENTANAS DE LA DUQUESA.

Triste y lóbrega es la noche;  
No está en el cielo la luna  
Colgada como una antorcha  
Entre la niebla nocturna.  
No es azul el firmamento,  
Que le encapotan y enlutan  
Informes masas de nubes,  
Que á paso tardo le cruzan.  
Todo es silencio en Segovia,  
Las ráfagas no murmuran,  
Que el aire denso y pesado  
Vecina tormenta anuncia.  
Triste y lóbrega es la noche;  
Yace la ciudad á oscuras  
En brazos del primer sueño,  
Inmóvil, opaca y muda.

Con precaucion cautelosa  
Que intento secreto anuncia,  
Corrió una mano el cerrojo  
De un postigo que se ofusca  
En un lado del alcázar,  
Entre prolijas molduras.  
Por ella dos embozados  
Salieron: y á la que alumbraba  
Débil luz de una linterna,  
Por defuera la aseguran.  
Como mucho se recatan  
Y es la sombra tan confusa,  
No se percibe á lo lejos  
Ni su faz, ni su figura.  
Porque es la sombra un cristal  
Que los recelos enturbian,  
Y el objeto que se mira  
Se disminuye ó se abulta.  
Tan velozmente caminan,  
Que pueden dejar en duda  
Si su acelerada marcha  
Es persecucion ó fuga.  
Doblan esquinas y calles,  
Plazuelas y plazas cruzan,  
Dijeran que van perdidos  
Sin encontrar lo que buscan.  
Mas tan decididos siguen  
La dificultosa ruta,  
Que bien se ve que no yerran  
Ni se desorientan nunca.  
El ferreruelo cruzado,  
A los ojos la capucha,  
La barba sobre los pechos,  
El morterete sin pluma,  
Van su camino en silencio  
Con planta firme y segura,  
Y el uno delante el otro  
Ni se paran ni se juntan.  
Debajo de unas ventanas  
Que con labores difusas,

Cercan muchos arabescos  
De primorosa escultura,  
Detúvose el de delante  
Diciendo: "Vela y escucha,  
Esperando que yo vuelva  
Sin que nadie me descubra."  
Replicó el otro en voz baja  
Saludando con mesura:  
"Y si una ronda . . . ."

—Que pase,  
Que mi grandeza te escuda.  
—¿Y si un curioso?

—Que vuelva  
Atras.

—¿Y si me importuna?  
—Requiere si no eres manco,  
La razon de tu cintura."  
Signió adelante, esto dicho  
Y primero que él acuda  
A dar prevenido y cauto,  
O noticia, ó seña suya,  
Abriéndose una ventana  
Lanzó de su sombra muda  
Con una escala de seda  
Una voz que dijo: "suba."  
Subió el galán; mas llegando  
Veloz á la cuerda última,  
Un brazo que sacó un hombre  
Que esconde la catadura,  
Dándole aprisa un saquillo,  
Dijo: "Tome lo que busca."  
Y cerrando la ventana  
Mano, voz y hombre se ocultan.  
A tal momento en la calle,  
Con voz de duelo y angustia,  
Un ¡ay! lanzando una dama  
De la escala se asegura.  
Bajó el caballero, y ella  
Jadeando le pregunta:  
"¿Vivis?" y asiendo el estoque  
El replicó: "¿quien lo duda?"  
Llegó en esto el apostado  
Con la linterna, y á una,  
Dama y galán prorumpieron:  
"¿Don Enrique!—¿Ines!—Alumbra."  
Abrió el príncipe el saquillo  
Y sintiendo la tela húmeda,  
Metió la mano, y asiendo  
Con asombro lo que oculta,  
Sacó de la hermosa Clara  
La cabeza infantil, mustia.  
"¿Santos del cielo! ¡mi hermana!  
—Su sentencia era la tuya;  
(Dijo á Doña Ines el príncipe)  
Válgate, pues, tu fortuna."—  
Y dando á la dama el brazo  
Tomando su antigua ruta,  
Entraron en el alcázar  
Por la puertecilla oculta.

## A LUENGAS EDADES

## LUENGAS NOVEDADES.

## I

El príncipe pasó á rey,  
Y como era de esperar,  
Todo debió de cambiar  
Sujeto á distinta ley.  
Era la reina muy bella:  
Mas como bella, celosa,  
Y otra alguna por hermosa  
No tiene igualdad con ella.  
Así que el rey don Enrique,  
Si no adquirió mas virtud,  
De su ociosa juventud  
Puso á los vicios un dique.  
De sus amigas livianas  
Mucho el número menguó,  
Y á la reina encomendó  
Sus mas lindas cortesanas.  
Es verdad que á las dos leguas  
Doña Guiomar cada día,  
Entretenerle solia  
Dando al matrimonio treguas.  
Y es cierto que tan leal  
A su príncipe como ella,  
De su amor le hace querella  
Catalina Sandoval.  
Mas pecados reales son  
Que tachar fuera imprudencia,  
Son del cetro una exigencia,  
Escesos del corazón.  
Que es mezquino á nuestro ver  
Que mandando tanta gente,  
Un monarca se contente  
Con tan solo una muger.  
Si Dios condena el amor  
A la muger del vecino,  
No habla el precepto divino  
Con él con tanto rigor:  
Y sin duda alguna es bien  
Que pues la ley dan los reyes,  
Sean ellos con las leyes,  
Privilegiados tambien.  
Por eso en una alta torre  
Que al campo del moro cae,  
Por dó Manzanares trae  
Sus corrientes, cuando corre,  
Se oye en la noche callada  
Sobre las alas del viento,  
Un dulcísimo lamento  
Y un arpa bien acordada.  
Por eso en la noche oscura  
Dice el necio centinela,  
Que en aquella parte vela  
La bruja que el rey conjura.  
Pues de tiempo inmemorial  
Por entre el vulgo se suena  
Que allí encontró el de Villena  
Un colega espiritual.

Distinto habitante mora  
Hoy en la torre precita,  
Mas quién es ó quién la habita  
A la verdad que se ignora.  
Porque aunque á veces en ella  
Se oye que en trova confusa,  
La voz de quien canta acusa  
Los rigores de su estrella;  
Se tambien que suspira  
Tan amantes cantilenas,  
Que si canta entre cadenas  
No canta, sino delira.  
A veces una voz blanda  
En estribillo amoroso  
De un amador licencioso  
Nuevas al viento demanda.  
Y es tan suave y tan flecsible  
Y tan tierna en su cantar,  
Que intentar la remedar  
Fuera otra vez imposible.  
Ya apagada, ya sonora,  
Ya trémula, ya segura,  
Como la fuente murmura,  
Como la tórtola llora.  
Ya es un canto ronco y vago,  
Sin tema sobre que acuerde,  
Como una aura que se pierde  
Entre la niebla de un lago.  
Ya es alegre y peregrina  
Una voz tan infantil,  
Que no envidia en lo sutil  
Tonos á la golondrina.  
Y á veces en la alta, oscura,  
Larga noche allí resuena,  
Varonil, pujante y llena  
Otra voz sin su dulzura.  
Mas tambien con su vigor  
La voz dulce se amalgama,  
Que el aire las desparrama  
En nobles himnos de amor.  
Una de amor se querella,  
Y otra canta sus victorias;  
Esta adora en sus memorias  
Y las diviniza aquella.  
Quien de lejos las escucha  
En la negra oscuridad,  
Duda si sueña en verdad  
Y consigo mismo lucha.  
Teme la supersticion  
Maleficio en el cantar,  
Pero se mueve á escuchar  
Temerario el corazón.  
Es una noche tranquila,  
De esas azules, serenas,  
En que de la luna apenas  
La pálida luz vacila.  
Dentro de aquel torreón  
Que cae al campo del moro,  
Se escucha el compas sonoro  
De la femenil cancion.  
Envuelta en oscuro velo,  
Emblema claro del luto,

Torna el rostro mal enjuto  
Una muger hácia el cielo.  
Y brilla mas la tristeza  
De su encantadora faz,  
Con el llanto que tenaz  
Destila de su tristeza.  
Y en su angustia solitaria  
Demandársela pudiera  
Si cancion tan lastimera  
Es cantico ó es plegaria.  
En un sitial á su lado  
Con un laúd la acompaña  
Enrique Cuarto de España,  
De su corona olvidado.  
Pero ella ensaya tan mal  
La endechá triste que canta,  
Que mohino el rey aguanta  
Mal sentado en su sitial.  
Viendo la poca virtud  
Que su canto ejerce en ella,  
Pues los tonos de la bella  
No aciertan con su laud.  
Soltando al fin de la mano  
El inútil instrumento,  
Dijo con severo acento  
Entre brusco y cortesano:  
"Para tal torpeza, Ines,  
Que no cantes es mejor."

DOÑA INES.

Cuanto pude hice, señor,  
Y os lo ofrezco tal cual es.  
Dos meses ha que venís  
A gozaros en mi afán  
Con el nombre de galán;  
Mas como señor pedís.  
Sin curar de mi dolor  
Mandáisme cantar y canto,  
No llorar y enjuto el llanto;  
No amar... y muero de amor.

D. ENRIQUE.

Ines, importuna estais.

DOÑA INES.

Y vos por demas severo.

D. ENRIQUE.

Que estais muy celosa infiero.

DOÑA INES.

Yo infiero que no me amais.

D. ENRIQUE.

¡Siempre dudas de muger!  
¡Siempre igual reconvencion!

DOÑA INES.

Amando de corazón  
Amar es obedecer.  
Todas las noches traeis  
La desazon en el gesto,  
Siempre á enojaros dispuesto,  
Y no hay de que os enojeis.

El tiempo os parece largo  
Que pasais siempre conmigo;  
Nunca, señor, os lo digo  
Y lo lloro sin embargo.

D. ENRIQUE.

Mas todas las noches vengo,  
Ines, y no se te oculta  
Que siempre lo dificulta  
El grave cargo que tengo.

DOÑA INES.

Mas yo, señor, noche y día  
En esta torre encerrada,  
Os espero enamorada  
Sin tener otra alegría.  
Veo la noche importuna,  
De la aurora el arbol,  
Nacer y morir el sol,  
Nacer y morir la luna.  
Y todo el tiempo se va  
En inútiles querellas,  
Demandando á sol y estrellas  
Que me digan "¿dónde está?"  
Veo todas las mañanas,  
Así que el sol reverbera,  
Partirse en fuga ligera  
Las avecillas livianas.  
Todas las noches las veo  
Al crepúsculo volver,  
Fatigadas puede ser;  
Mas cumplido su deseo.  
Y á mí el tiempo se me va  
En esas rejas vecinas,  
Pidiendo á las golondrinas  
Que me digan donde está.

Callaba el rey, interes  
Prestando á sus voces poco,  
Y en delirio amante y loco  
Lloraba á su lado Ines.  
El la barba sobre el pecho,  
Cruzadas ambas rodillas,  
Sus querellas sin oillas  
Distraido ó satisfecho.  
Ella en mas bajo lugar,  
Mal prendido el luengo velo;  
Las mangas de terciopelo  
Deshilando sin cesar.  
El rey como quien tolera  
Algo que le mortifica;  
Ella como quien suplica  
Algun favor que no espera.  
Al fin como quien despierta  
De un sueño que le acosó,  
Así Don Enrique habló  
Con trémula voz incierta.  
"Mucho te amé, bella Ines,  
Mucho te amo, mas perdona  
Que no pueda mi corona  
Rendir amante á tus pies.  
Casado estoy en verdad,  
Y de mi cetro en honor